

Dr. Virgilio Paredes Borja  
Profesor de la Facultad de Medicina

## **Comentarios a las “Reflexiones sobre las Viruelas”, del Dr. Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo (1785)**

“Vale más que haya escándalo y que no se falte a la verdad” — esta máxima de San Gregorio, en cita latina, se lee al comienzo de “El Nuevo Luciano de Quito—, en ella se refleja la contextura moral, las rectas intenciones y el ánimo combativo de Eugenio Espejo, porque amaba la verdad sobre todas las cosas y nada le detenía cuando trataba de probarla: ni la altura de los personajes, ni la delicadeza de las situaciones, ni los viejos prejuicios populares a los que atacaba sin piedad tanto como a las injusticias sociales de su tiempo. Esta conducta le obligó a ser uraño, austero,, a valerse de su talento, de su erudición y de sus dotes literarios para manejar la sátira hiriente, despiadada, despectiva y mordaz, pero siempre con fines constructivos y con afanes de perfección; quería que las cosas marchen mejor en la lánguida vida colonial y para obtenerlo había que criticar con fuerza, con hombría, con decisión. Consecuencia: Espejo se llenó de enemigos, se quejaron los betlemitas, se quejaron los médicos y hasta el mismísimo Dr. Bernardo Delgado, Teniente de Protomédico de Quito; hablaron mal de él las altas autoridades civiles y los adinerados, obligando al Presidente Villalengua y Marfil el hacerle saber que sería prudente y bien visto por la autoridad que Espejo abandone el territorio de la Audiencia; Espejo sale diciendo que acata las órdenes de Su Excelencia, pero se queda en Riobamba —¿qué es lo que le detiene?—. En Riobamba se encuentra con que los curas del lugar sufren la extorsión despiadada de ciertos gamonales, Espejo estudia la causa, sus ojos pequeños y brillantes hallan enseguida la indeleble huella de la injusticia, y olvida el viaje, no se

acuerda de que su desobediencia puede acarrear la ira del Presidente de la Audiencia, y allí se queda a defender a los curas atacados injustamente. Escribe la "Defensa de los Curas de Riobamba", el hombre que salía al exilio se vuelve juez y defensor de indefensos. La máxima latina de San Gregorio guía sus actos y su conciencia en las "Cartas Rio- bambenses", para él no hay la indecisión ni el disimulo: la verdad ante todo, tal era su lema, por eso le dijeron que tenía "carácter irascible y temperamento bilioso"; por eso murió pobre y enredado en un juicio, habiendo podido vivir con relativa comodidad y dejar bienes de fortuna con el ejercicio de la medicina, porque eran sus servicios muy solicitados y habían contados médicos en su tiempo y sí incontables empíricos y charlatanes; por eso fue dos veces perseguido (1788 - 1795) y casi un año encarcelado, y por eso fué "la primera víctima del patriotismo americano" según frase de González Suárez.

En el año de 1785 una grave epidemia de sarampión tenía alarmados al Cabildo Civil, al Cabildo Eclesiástico y al pueblo de Quito. La ciudad tenía por ese año no más de unos 20.000 habitantes; la epidemia hizo tres mil víctimas. El Cabildo Civil organizó, con el Eclesiástico, inmediatas obras de socorro que nos demuestran a través de los años, el afán y abnegación de los Cabildos coloniales por defender la salud de los pobladores. Se repartió la ciudad en sectores, cada sector se encargó a un médico titulado, se instalaron boticas con el despacho gratuito de medicamentos para los pobres, se distribuyó ropas y alimentos, se cuidó de las buenas condiciones de su alojamiento, en fin, una obra de socorro bien organizada y servida con amor; Espejo nos describe cómo trabajaba el Obispo Monseñor Blas Sobrino y Minayo, hasta quedar agotado, en la ejemplar obra de socorro encomendada al Cabildo Eclesiástico.

El Cabildo Civil creyó oportuno reunir a todos los médicos de la localidad, para hablar y discutir sobre la manera de combatir con éxito la epidemia; durante la reunión, en la que de tanto hablar y discutir nada lógico se pudo concluir, se anunció haber recibido un libro titulado "Método

seguro de preservar a los pueblos de las viruelas"; su autor el Dr. Francisco Gil, Cirujano del Real Monasterio de San Lorenzo y su sitio, e individuo de la Real Academia Médica de Madrid. El libro era una novedad que se enviaba de España a los Cabildos de ultramar con el objeto de que se apliquen sus preceptos, ya que la viruela venía haciendo serios estragos sobre todo en los indios de los dominios de su Católica Majestad. Como no hubiesen dos médicos acordes en juzgar sobre el asunto, el Cabildo comisionó al Dr. Espejo para que presente un informe escrito sobre él y, sobre todo, para que opine si el aislamiento de los enfermos, como único medio de impedir el contagio y la propagación de la viruela, podía aplicarse con éxito en la epidemia de sarampión que se estaba combatiendo.

Espejo acepta la comisión que tantas contrariedades le van a ocasionar y se pone inmediatamente al trabajo: observa la situación, medita, se da cuenta de los resentimientos que va a levantar su informe si se ajusta estrictamente a la verdad, pero no duda, la máxima de San Gregorio, tan acomodada a su temperamento combativo e impetuoso sirve de guía a su trabajo, y presenta el tan esperado informe con el título de "Reflexiones sobre la viruela, importancia y conveniencia que propone Don Francisco Gil, Cirujano del Real Monasterio de San Lorenzo y su sitio, e individuo de la Real Academia Médica de Madrid, acerca de un método seguro para preservar a los pueblos de las viruelas".—Quito, (1785). Conocido el informe del Dr. Espejo se desata la tormenta: se quejan los médicos por haberles dicho que "se limiten a prescribir ojos de cangrejo y sangrías" —algo así como si hoy se nos acusara de limitarnos a prescribir solo vitaminas y la extirpación del apéndice vermiforme—; se quejan amargamente las comunidades por haber escrito que los conventos de Quito son focos de infección; se quejan los betlemitas por haberles dicho que muchos de ellos no tienen vocación ni maneras, por haber salido de la marina para entrar en la orden, conservando todavía los modales y vocabulario de los veleros; se quejan los hacendados porque habla de ocultamiento de víveres para fines nada honestos ni edificantes. ... El Cabildo llama a Espejo y le propone que, dado lo valioso de su informe, suprima en el manuscrito las injurias y ciertos detalles que lastiman personajes e instituciones respetables; Espejo no cede: la verdad ante todo, no le importan los resentidos. El Cabildo rechaza el

informe y Espejo se ve en el caso de hacerlo circular manuscrito, dentro y fuera de la Audiencia. El trabajo de copias es monótono y fatigante, el informe circula en Quito, en Lima, en Madrid, en Roma... Pero no hay solo quejas sino también alabanzas: los jesuitas desterrados aprecian el gran valor del informe, personajes de valía defienden a Espejo y lo alientan.

¿Cuál es el verdadero valor científico de las "Reflexiones"? ¿Cuál es el verdadero valor de Espejo como médico? Trataremos de contestar a estas preguntas.

Hasta fines del siglo pasado la obra de Espejo se conservaba en manuscritos, excepto las "Reflexiones" que fué impresa en la segunda edición de la "Disertación Física Médica" del Dr. Gil, como apéndice, siendo este el primer escrito de Espejo dado a la imprenta, en Madrid. Hay dudas sobre si las "Reflexiones" publicadas en él apéndice de la obra del Dr. Gil hayan sido modificadas por su autor. No conocemos da segunda edición del libro del Dr. Gil, que es un impreso muy raro. En las "Memorias de la Academia Ecuatoriana de la Lengua".—Tomo 1?— se publica en Quito en el año de 1844 casi todo el texto de las "Reflexiones", quedando una pequeña parte sin imprimirse. El prólogo para la publicación de los escritos de Espejo, que con tan buen juicio comenzaba con la mejor de sus obras, lo escribe Pablo Herrera. El Municipio de Quito encarga a González Suárez la edición de los escritos de Espejo, edición en la que estaba empeñado el docto Arzobispo de Quito. Se publican dos tomos correctamente impresos con el título de "Escritos de Espejo".—Quito, 1912. En el tomo 2° se publica las "Reflexiones" con la meticulosidad y esmero que acostumbraba González Suárez, conservando todas las citas del original, comentado los errores de dichas citas y añadiendo no pocas del Editor, siempre juiciosas y estrictamente ajustadas a la verdad histórica. Termina con "Observaciones", en las que hace el elogio mesurado, serena y desapasionado de las "Reflexiones", a la que considera la mejor obra de Espejo y un documento revelador del atraso de la Audiencia de Quito en la segunda mitad del setecientos.

En tiempos de Espejo había muy pocas posibilidades de comprar libros, la erudicción estaba refugiada en los conventos, no había aliento para los civiles estudiosos, quienes tenían que recurrir a los frailes para tener acceso a los

libros, que los conservaban en magníficas bibliotecas los dominicos, franciscanos y mercedarios; los jesuítas tenían dos bibliotecas: la del Colegio de Quito y la de la Universidad de San Gregorio Magno, esta última pasó a nuestra Universidad después de la expulsión de los jesuítas por Carlos III; la primera era magnífica: instalada en amplio y bien iluminado local, adornada con estatuas talladas por imagineros quiteños, con anaqueles pintados y dorados conteniendo 40.000 volúmenes, daba un efecto de solemnidad y elegancia que invitaba al estudio y a la serena especulación. La censura de libros, esa como "lista negra" de la inteligencia, no permitía el ingreso de todo impreso en los dominios españoles de América, pero el afán de aprender y la curiosidad de los estudiosos han burlado en todo tiempo a la censura, y así vemos como en la segunda mitad de setecientos se podía consultar, en biblioteca de convento, los "Ensayos", de ese gascón amante del buen vivir y hondo pensar que fué el señor de Montaigne, quien enseñó el arte de dudar al mundo moderno.

¿Y el ambiente intelectual?—Contados estudiosos, religiosos la mayoría. Entre la gente de alcurnia había quienes hacían honor a su posición, interesándose por las ciencias, las letras y las artes, manteniendo estrecha amistad espiritual y favoreciendo a los hombres de talento, así fueron el Marqués de Maenza, el Marqués de Selva Alegre y el Conde Casa Jijón, señores en el verdadero sentido de la palabra.

En este ambiente intelectual escribe Espejo las "Reflexiones", su libro más importante, y el único que escribió sobre tema médico.

La manera de escribir de Espejo carece de flexibilidad, abunda en digresiones, no acierta a dar unidad al escrito, pero es vigoroso y trasluce intensa fe en los motivos que aborda, porque cree firmemente en el acierto de mucho de lo que ha leído. Es un erudito enciclopédico, doctorado en medicina, derecho y teología, procura convencer haciendo alarde de su vasta erudicción, abunda en citas ¡atinas, algunas erradas según confrontaciones hechas con cuidado por González Suárez, quien se empeñó en darnos a conocer un Espejo tal como fué, sin deformaciones inspiradas por un patriotismo mal entendido.

La vida universitaria de Espejo fué corta: dos años de estudio, según los reglamentos de la época. No había cáte

dras de Anatomía ni de Fisiología, la Patología y la Clínica se enseñaba en aforismos, luego se obligó a la asistencia al hospital, una vez por semana, "para aprender a tomar el pulso". Espejo aprendió el arte de curar en nuestro tres veces centenario hospital de la Misericordia de Nuestro Señor Jesucristo, luego denominado de San Juan de Dios, en donde pasó su niñez, aprendiendo de su padre, cantero venido de Cajamarca, quien prestaba servicios de sirviente y ayudante en las curaciones y atenciones médicas a Fray José del Rosario. Fray José enseñó a Espejo todo lo que sabía, Espejo atendía diariamente en el hospital, estudiaba, tenía talento, llegando a conocer y practicar bien el arte médico; su experiencia hospitalaria le llevó a burlarse de los médicos teorizantes y a satirizar a uno de ellos, diciendo que una ocasión que le presentaron una copa de orina del cliente para que lo analizara como físico, se la bebió, creyendo que era "mistela".

Espejo fué el más destacado médico quiteño de su época, así pensó el Cabildo Civil cuando le encargó informar sobre la obra del Dr. Gil, pero de ésto a las apreciaciones de quienes nunca le han leído, que son la mayoría, hay fundamental diferencia. Espejo fue observador, el primero entre nosotros que abordó temas sociales bajo el aspecto médico, basado en sus hasta hoy exactas observaciones; el primero que se interesó en la lucha racional contra las enfermedades infecciosas, defendiendo el aislamiento de los enfermos; el primero que trató en sus "Reflexiones" sobre puntos de Historia de la Medicina, con importantes datos sobre la historia de la viruela, la peste, la lepra y el lúes; el primero en señalar la reforma de la enseñanza médica y el primero en señalar los gravísimos defectos de higiene pública y privada en que hasta hoy vivimos; ésto, unido a su gran fe en las obras de la inteligencia, su erudición, su espíritu combativo, su hombría, su perseverancia en el amor a la verdad y su odio a la farsa, forman la gloria de Espejo como médico.

Espejo comienza sus "Reflexiones" afirmando que "a nadie debe admirar que los conocimientos se deban más a la casualidad que a la meditación". Habla de la viruela como enfermedad contagiosa y afirma que el aire, con sus propiedades físicas, "atrae hacia sí los efluvios variolosos, que los dispara a todos los cuerpos humanos". Alaba el aislamiento como único medio de evitar la propagación del mal

varioloso, defendiendo el método del Dr. Gil, y criticando a quienes afirmaban que el contagio de la viruela se debía a que "la ciudad no estaba amurallada".

Enseguida pasa a enumerar las razones por las cuales hay que evitar la propagación de la viruela: 1ª Porque hay que obedecer a la autoridad real "entregándole voluntariamente parte de nuestra libertad", dice —con lo que defiende el principio del orden en la lucha contra las enfermedades— cita a Platón y a la Biblia (cita esta última equivocada, según González Suárez); 2ª "Porque debe conservarse a toda costa la hermosura" y nos hace conocer su ideal estético, que, a semejanza de el de Montalvo, es el cánón griego de regularidad, orden, proporción y simetría. Nos da interesantes datos relacionados con la mortalidad en la epidemia de 1875, estableciendo comparaciones entre la mortalidad por sarampión y por viruela, observando en esta última mayores complicaciones. Estudia ligeramente la sintomatología de la viruela y el sarampión, citando a Hipócrates; 3ª "Porque hay que preferir el bien general al particular", razonamiento fundamental en la moderna lucha cantra las enfermedades infecciosas.

En las "Reflexiones" hallamos juicios certeros respecto a la forma como debe hacerse una lucha sanitaria en nuestro pueblo, comenzando por la tarea de convencerlo, a fin de conseguir su colaboración y que no oponga dificultades a las autoridades.

Las observaciones de Espejo respecto a la epidemiología de la viruela en la Audiencia de Quito son importantes: anota la rareza del mal en tiempos de los galeones, en donde las epidemias se sucedían más o menos cada 20 años, luego los períodos se acortan y son de doce años, siendo cada vez más frecuentes en los siguientes, registrándose epidemias en 1757, 1763, 1764, 1766. La gran epidemia de 1764 impresionó hondamente a Espejo, en ella perdió a un hermano suyo quien falleció de viruela confluyente.

Los datos que contiene el libro de Espejo respecto a la Historia de la Medicina son numerosos, hace gala de erudición, interesándose vivamente en ésta rama humanística de las ciencias médicas. Es, como manifestamos ya, el primero entre nosotros que ha tratado la Historia de la Medicina, y con bastante lucimiento, en relación con las fuentes de información que estuvieron a su alcance.

La viruela es enfermedad antiquísima, originada posiblemente en el Lejano Oriente, de donde pasó a la meseta del Irán, Arabia, la costa del Mediterráneo, Africa, Europa, el territorio actual de la Unión Soviética. La viruela fue traída a la América, según conoce el mismo Espejo, por un esclavo de Pánfilo de Narváez, quien desembarcó en la costa Mejicana a la cabeza de una expedición punitiva contra Cortéz, expedición que fué vencida con armas de la diplomacia, que las manejaba Cortés con tanta habilidad como las del militar, a las que tuvo también que recurrir. La viruela se propagó con rapidez en territorio mejicano, haciendo terrible mortalidad entre los nativos y luego se extendió por todo el continente americano. La descripción más clara y verídica de la sintomatología de la viruela nos ha dejado Rhazes (de Bagdad) entre los siglos noveno y décimo en su "Discurso sobre la peste" escrito en árabe. Rhazes admite el contagio y dice que la viruela tuvo su foco original en Alejandría en tiempos de Mahoma.

En la historia de la viruela Espejo nos demuestra sus aficiones y vasta ilustración en Historia de la Medicina. Cita a Tucídides, quien describió la epidemia de Atenas en su "Historia de la Guerra del Peloponeso", y, sobre la misma epidemia cita a Lucrecio. Cita a Barchusio, Schulizio, Frieud y L' Clerk como historiadores de la medicina, elogiando a éste último. Admite que lo más posible es que la viruela haya venido de Etiopía, extendiéndose a Egipto y Arabia, coincidiendo con la opinión de James y Marín Lister quienes creen que la viruela no fué conocida de los antiguos y tuvo su origen en Arabia. Al final acaba por afirmar que es muy difícil conocer el origen del mal varioloso. Rhazes es citado con respeto por Espejo, quien admite que los árabes fueron los primeros en hacer una completa descripción de la viruela. Cita el "Discurso sobre la Peste" del célebre médico árabe, sin manifestarse enemigo del arabismo, como lo fueron algunos médicos españoles de su tiempo, como Martín Martínez.

González Suárez en "Escritos de Espejo", al comentar en informe de Espejo sobre las viruelas, y Gualberto Arcos en "La Evolución de la Medicina en el Ecuador", elogian con admiración a Espejo como que se anticipó a Pasteur al señalar el origen microbiano de las epidemias. En efecto, Espejo dice: "El aire no produce enfermedad sino partículas o corpúsculos que contiene. Habrá momento en el que el



aire se atosigue de éstos y entonces la epidemia será universal". Esto fué escrito casi un siglo antes de Pasteur.

Examinemos con detenimiento el asunto: Rhazes, citado por Espejo, fué el primero en hablar de "corpúsculos que flotan en la atmósfera" como origen de las epidemias, y los médicos árabes de los siglos noveno y décimo aceptaban esta teoría; se tuvo la idea de que existía un mundo de seres infinitamente pequeños antes de que Leeuwenhoek los descubra al microscopio en el seiscientos; se tuvo idea de que estos "corpúsculos", como los llamaban los médicos árabes, flotaban en la atmósfera y producían las epidemias antes de que Pasteur pruebe que los microbios son los causantes de ellas en el siglo pasado. Con los microbios ha pasado lo que con el planeta de Leverrier: que fué descubierto por el cálculo antes de ser visto con el telescopio.

El mismo Espejo cita a Sanctorio, quien al hablar de la peste dice "el fermento de la peste es muy sutil" —y afirma que "el microscopio ha descubierto un mundo nuevo"— cita a Berilio, quien ha observado "gusanillos en las postillas de la viruela" y a Pedro de Castro en "las bubas de la peste napolitana".

Espejo no podía haberse anticipado a Pasteur después de haber dejado constancia en sus "Reflexiones", con toda buena fé, de las fuentes de donde tomó sus datos para escribir sobre los "corpúsculos" o partículas que brotan en la atmósfera" y que son la causa de las epidemias. La bacteriología tiene su fuente en la cultura árabe, que tuvo la intuición del microbio, y en Leeuwenhoek que lo pudo observar y estudiar con su microscopio.

Espejo habla en sus "Reflexiones" de como el calor y la humedad favorecen la propagación de las enfermedades, no por ellos mismos, sino por los insectos que se desarrollan, pudiendo ser dichos insectos la causa de la propagación de la viruela. Hablar de los insectos como agentes transmisores de enfermedades más de cien años antes de Bruce, y de que Manson inspire a Sir Ronald Ross su fé en el estudio de las moscas como agentes transmisores de enfermedades infecciosas, nos parece algo muy digno del talento de Espejo como observador y como médico.

Espejo conocía la inoculación como método de prevenir la viruela y la cita en sus "Reflexiones" diciendo que "se aplica en los niños tiernos", pero no se detiene en el asunto,

ni lo comenta, ni mucho menos lo aconseja; en su plan se reduce a defender el aislamiento de los variolosos. La historia de la inoculación antivariólica es antiquísima, como la de la viruela. Conocida en el Extremo Oriente, sirviéndose de las escamas de los enfermos, aplicadas en las fosas nasales, la vemos aparecer luego en Circasia en forma de inoculación, con alfileres, del contenido de las pústulas de los enfermos bajo la dermis de los niños a quienes se trata de prevenir de la viruela, con todo éxito, siendo un método de aplicación popular. Lady Montague, esposa del embajador inglés en Constantinopla se impresiona con el método, muy usado entre los otomanos, y lleva la noticia a Londres. El ginebrino Teodoro Tronchin que vivió entre los años de 1709 a 1781 aplicó el método; el toscano Angelo Gatti, profesor en Pisa, hizo su propaganda en Paris en 1761 y publicó un folleto en 1763 y luego en Bruselas en 1764, es decir veinte y cuatro años antes de haber escrito Espejo las "Reflexiones" (1785). Gatti presentó su método a la Academia y esta lo discutió ampliamente, alcanzando gran éxito en Paris; en Italia tuvo gran difusión. La inoculación estuvo muy difundida en tiempos de Espejo, debiendo señalarse con el método se lo aplicaba sirviéndose de una aguja y no dejaba de ocasionar molestias, debido a infecciones secundarias. No obstante su vasta ilustración médica, es más segura que Espejo no conoció el folleto de Gatti, a quien hubiese citado, dada su inclinación a citar lo que leía.

El plan de Espejo para conseguir que no se propague la viruela lo formula con aplicaciones al sarampión y otras epidemias. Es juicioso, bien meditado, demostrando espíritu de observación de la ciudad en que vive, de sus virtudes y defectos. Es el primer plan de lucha sanitaria elaborado entre nosotros y muchas de sus observaciones son hasta hoy de actualidad, contiene bien meditados preceptos de higiene pública y privada; Espejo es nuestro primer higienista.

Sobre el principio del aislamiento propuesto por el Dr. Gil, debemos recordar que el aislamiento de variolosos conocieron los árabes, y que el aislamiento de enfermos en caso de epidemias fue defendido por Fracastor en el Renacimiento. Fracastor, el fundador de la sanidad pública, fué un personaje enciclopédico, como la mayoría de las grandes figuras científicas de su tiempo: astrónomo, médico, poeta,

filósofo y una de las más destacadas mentalidades en la Historia de la Medicina. Espejo funda su lucha sanitaria en la práctica del aislamiento y enumera los problemas a resolver en el campo de los hechos, aquí nos hace conocer sus dotes de médico práctico y de sagaz observador. Los problemas son: Aire Popular; Comida y Bebida; Limpieza local de Quito y Limpieza personal de Quito; luego de analizar cada problema por separado, enuncia los remedios, que él llama, para resolver el problema. Se sirve, como vemos de un método lógico y ordenado.

**Aire Popular.**—Trata de higiene urbana y nos da a conocer importantes datos sobre aseo de lugares públicos y manera de conservarlos.

**Comida y Bebida.**—Es de los primeros en apuntar las pésimas condiciones alimenticias del pueblo: "la gentulla está que parece tener alma de lodo", dice. Hace notar los efectos de la alimentación insuficiente afirmando que "malos alimentos favorecen las enfermedades". Nos cuenta como en 1841 - 42 el hambre mató gran número de gentes.

Respecto al problema alimenticio hace una bien observada apreciación al afirmar que el pueblo tiene el mal hábito de buscar sólo patatas y maíz y no cambia de alimentos, motivando dificultades, en ciertas épocas, a los productores, es decir no hay lo que llamamos alimentación balanceada. Nos da la impresión de un pueblo en hipoalimentación y miseria fisiológica.

**Limpieza local de Quito.**—Habla de la falta de higiene en los monasterios y en los lugares sagrados, dice que "en ningún lugar de la ciudad se viene a padecer, no digo una peste, sino una muerte súbita, que dentro de las iglesias más frecuentadas", debido a que ahí se da sepultura a los cadáveres, aconsejando hacer un cementerio en el Ejido Norte.

**Limpieza personal de Quito.**—Las enfermedades más extendidas en Quito en tiempos de Espejo son el mal venéreo, la tisis, el sarampión, la viruela.

Al hablar de la sífilis aborda el hasta hoy bastante aclarado problema del origen precolombino del lúes. Cita a los sevillanos Rodrigo Diacio y Nicolás Monardes, quienes afirman que el mal fue llevado a Europa en 1492. Martín Lister, citado por Espejo, también habla del origen americana

no de la sífilis, pero Espejo afirma que ya fué conocida en los tiempos de Hipócrates.

Hoy se tienen datos precisos de que la sífilis era endémica en la Pinta, quien padecía de sífilis. Hay noticia en Haití cuando llegó Colón. El médico portugués Díaz de Isla escribe haber curado a Martín Alonso Pinzón, pruebas de su aparición en el sur de Francia en 1494, antes de invadir Nápoles, y de que arribaron a Barcelona marinos enfermos de sífilis contagiada en las Antillas —en 1494—.

Admite el contagio de la tisis y dice haber descubierto que una planta de esta provincia llamada "cristal" da buenos resultados en su tratamiento.

Habla de casos de lepra por él examinados, el primero de ellos cuando trabajaba en el hospital, en donde su padre sometió al enfermo al aislamiento.

Para las enfermedades epidémicas aconseja el aislamiento en una Casa de Salud Pública, que es el mismo concepto moderno de hospitalizar enfermos contagiosos.

Critica la pésima organización hospitalaria, en servicios asistenciales, alimentos, medicinas y ropas. Con buen criterio, para su tiempo, y dadas las condiciones de la ciudad a fines del setecientos, aconseja sacar el Hospital fuera de la ciudad, criterio que hoy, naturalmente, no tiene razón de ser. En servicios asistenciales defiende el que se haga con mujeres, no religiosas sino civiles, en lugar de los frailes betlemitas. Espejo nos asombra proponiendo semejante reforma en 1785, cuando en los hospitales sólo asistían a los enfermos los religiosos, en este sentido viene a ser el orientador hacia la moderna enfermería.

Al hablar de los malos médicos, Espejo se empeña en que sus colegas sean ilustrados, prácticos, laboriosos. Defiende la amplia cultura general como indispensable al buen médico, problema éste de gran actualidad, hoy que los llamados hombres prácticos se empeñan en apartar de nuestras Universidades todo aquello que no tenga fines de aplicación en el ejercicio profesional, transformándola en un conjunto de escuelas de prácticos, sin ninguna cultura general, desechando los conocimientos humanísticos que son el alma de la cultura universitaria.

Recomienda el conocimiento de idiomas: latín, griego, francés. Espejo traducía y leía el latín y el francés.

Nos hace conocer la para nosotros importante bibliografía médica de fines del setecientos, que se podía consultar en Quito.

Alaba las "Instituciones Médicas" de Boerhaave, a quien lo llama el Euclides de los Médicos. Boerhaave llena con su saber los conocimientos clínicos de la mayor parte del setecientos, su fama corre por toda Europa, Espejo lo aprecia con merecimiento. Alaba a Hipócrates y dice que en la Biblioteca de San Fernando hay un texto griego de los "aforismos", personalmente posee una traducción de Anuncio Foessio. Recomienda "La Medicina Racional" de Federico Hoffmann, la "Anatomía de Heister" con láminas de Cowper, las "Observaciones Médicas" de Sydenham, el "Tratado de la Viruela" de Marín Lister, el "Diccionario Médico" de Jammes y los "Aforismos" de Sanctonio, critica el "Examen para Cirujanos" de Martínez. Según estos datos bibliográficos Espejo fué, en doctrina médica, un ferviente "boerhaavista" como gran parte de sus colegas de ultramar.

Critica duramente los métodos de enseñanza médica de su tiempo, sin ninguna práctica hospitalaria, sin profesores científicos, sin libros, viéndose obligados los estudiantes a leer lo primero que encuentran a mano. Encuentra inaceptable la facilidad de doctorar y los pocos años dedicados al estudio médico.

Con acierto propone una reforma de métodos de enseñanza, de tribunales examinadores, de personal docente formado con tres médicos traídos de Madrid, de autoridad con un Teniente de Protomédico dependiente del Protomédico de la capital Virreinal, de ejercicio profesional que debe ser vigilado por el Cabildo quien debe reprender a los falsos médicos y fomentar el estudio serio de la medicina. Debe estudiarse la Anatomía, hacerse disecciones, estudiar la Fisiología y la Botánica. Como se ve, las reformas propuestas por Espejo nos muestran al médico ilustrado, al práctico en el ejercicio de su profesión, al reformador de la enseñanza médica de su tiempo. Las "Reflexiones" de Espejo son un valioso aporte al progreso médico nacional.

Hemos tenido la suerte de presentar este "Comentario a las Reflexiones de Eugenio Espejo", gracias a la benevolencia de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Central y del cuerpo médico de Tungurahua, dependiente de la Federación Médica Nacional, a quienes tenemos el

alto honor de representar en este severo acto conmemorativo, con esta primera actividad de la Cátedra de Historia de la Medicina, de reciente fundación en nuestra Universidad .

Hemos tratado de presentar un Espejo sin espejismos. Fué un amargado, dictó un impresionante testamento en el que no reconoce sino deudas; su único legado fué el de sus sueldos, nunca pagados, como primer bibliotecario público. No pidió, como Montalvo, que su cuerpo sea adornado con flores; ni pidió, como Luis Martínez, que lo entierren bajo un árbol centenario, fué sepultado en el Cementerio de El Tejar y sus restos se han perdido.